

Agur, María

Mertxe Carneiro

Seguramente es lo primero que aprendemos. Aunque de niños no sepamos que lo hemos aprendido. Aunque de jóvenes finjamos no saberlo. Aunque en la madurez pensemos demasiado en ello. Hablo de la muerte. Sí, ¿por qué no? De la muerte. No hay que tener miedo a hablar de esa presencia sin perfiles que se nos impone desde el preciso instante de la concepción. Está en nuestra vida y en la vida de todo lo que tiene vida. Incesante es su mano, incesante su empuje, incesante la helada tristeza del camino que nos depara. Y porque aún sucedo y me afano tronco arriba agitando mis ramas, porque aún estoy viva, hablo de ella tranquilamente, sin complejos, aceptando que es compañera inalienable, compañera de años o de un momento, compañera. Es inútil tener miedo a lo irreversible. Epicuro no lo tenía: <La muerte no nos concierne>, argumentaba en su jardín. <Pues, mientras existimos, la muerte no está presente. Y cuando llega la muerte, nosotros ya no existimos>. Lapidario, ¿verdad? Incluso, salvando las obligadas distancias, hay versiones místicas para ese pensamiento. Decía, por ejemplo, un sabio oriental: <Cuando yo fui, Dios no fue. Cuando Dios es, yo ya no estoy>. Y decía Silesius: <En mar se convierte cada gota cuando llega al mar, y así el alma se convierte en Dios cuando hasta Dios sube>. Tranquilizador, ¿verdad?

Pero la muerte no es algo que sucede de una vez. No es como apagar una luz y, después, la Nada o el Todo. Hay otras muertes entretanto. Sobrevienen constantemente. Todos los días nos matan algo. Minuto a minuto van cadaverizando nuestro ser. La muerte se divide en tantas muertes como segundos tiene nuestra vida. Son muertes menores y, sin embargo, infinitamente más terribles que la Definitiva, porque el sujeto sobrevive para dolerse de su quebranto, sobrevive para contemplar su merma, sobrevive entre sus despojos. Duelen, con frecuencia duelen tanto que la Definitiva puede ser una dulce liberación. Yo agruparía estas muertes numerosas en dos categorías: las que, apostadas en el calendario, se llevan infancia, adolescencia y madurez; y las que se han instalado en nuestro corazón para segar inocencias, amores y esperanzas. Las primeras nos transportan

vertiginosamente por las edades y, hasta cierto punto, pasan inadvertidas y, por eso mismo parecen, que no lo son, indoloras. Las otras son tormentas que nos arrasan y luego nos dejan vacíos y amargos, con todo el tiempo del mundo para llorar, con todo el tiempo hasta que se acabe el tiempo...

¡Se muere tantas veces en la vida!

Yo acabo de sufrir una de estas muertes vicarias. Pertenece a la segunda categoría, y me ha dejado muy maltrecha, muy descolocada. De pronto, parece como si el mundo creciera y creciera, y ya no supiésemos adónde ha ido a parar el camino por el que circulábamos. Se mira alrededor, y la desmesura del paisaje asusta. El último día de abril, a última hora de la tarde, uno de mis últimos iconos se me ha ido para siempre. No era mi madre, ni siquiera era lejanamente de la familia, pero yo la sentía - la siento - como algo entrañable y cercano. En una esquila, he leído su nombre completo: M^a Eusebia Uzkudun Sarasola. En mi cabeza, una vocecita de niña, aquella vocecita mía, ha corregido a toda prisa: <¡la señora María!>. Pero qué importan los nombres. Un resplandor no necesita de nombres.

María creía en Dios. Y pienso ahora que, si es cierto que Dios existe, María habrá sido la excepción a la regla del sabio oriental, porque ella fue cuando Dios fue, y cuando Dios es, ella ya está con Él. No podría ser de otra forma. Su fe era tan sólida, tan ciclópea, que conseguía que los descreídos mirásemos de reojo al cielo sospechando que, aquí abajo, un resplandor así tiene que emanar de otro resplandor más grande y más alto. A mí, gracias a ella, siempre me quedará la duda. Yo, gracias a ella, jamás negaré. Porque la oí rezar en muchas ocasiones, porque la vi llorar por otros. Y porque la recuerdo con las manos siempre tendidas hacia sus semejantes; no creo haber visto en toda mi vida una puerta más concurrida que la suya, siempre abierta a parientes y amigos, a los desgraciados que pedían una moneda, a los que buscaban el calor de su mirada... Yo también me arrimé al ascua todo lo pude, por eso mi infancia transcurrió en su casa: <trasto> por <traviesa>, me decía entre risas, cada vez que le organizaba algún zafarrancho. Y a los Reyes Magos, ella siempre encargaba algo para mí: un bastidor para bordar, pinturas... Y en mi cumpleaños me felicitaba: <¡Zorionak! ¡Qué cumplas muchos!>... Y en Navidad me invitaba a visitar su “nacimiento”: <¡Lo ha puesto Oscar!>... Y me leía, sé que me leía aquí, en la “Oarso”... ¿Qué haré sin ti, María? ¿Qué haremos sin ti?

El 2 de mayo, a las siete de la tarde, me he refugiado en el último banco de la nave central de la Parroquia. Había flores en el altar mayor, cánticos en el coro y mucha gente. Hacía frío. Hueco el pensamiento, borrosa la mirada, yo me limitaba a estar, simplemente a estar mientras transcurría la misa de difuntos. De pronto, tu voz me ha susurrado: <No hagas ruido, txiki, que don Roberto nos echa>, y entonces he vuelto a verme, niña de seis años, he vuelto a verme allá adelante, bajo el púlpito, columpiándome peligrosamente en una de aquellas sillas desmembradas que crujían a la menor. He regresado a la realidad al notar que unos extraños me cogían la mano y me daban la paz. Pero el frío era cada vez más punzante.